

STEVEN CAPUZZI Laberinto del Zodiaco

Steven
A través del vórtice
(Capítulo de muestra)

Caí gritando en un sendero de luz blanca que me dejó ciego por un minuto entero antes de tornarse de un color acuoso, verde azulado. Pasados unos segundos, dejé de gritar porque la presión me dificultaba respirar. Cuando pude ver, después de lo que me pareció el minuto más interminable de mi vida, me di cuenta de que estaba en un túnel, o quizá en una especie de vórtice, donde seguía cayendo a gran velocidad dando vueltas en el aire. Solamente esperaba ver el final de aquella espantosa trayectoria, pero parecía que eso no iba a ocurrir por el momento. Sin embargo, muy lejos, en el camino descendente, empecé a ver un

punto de luz de color azul brillante. La esfera se fue haciendo cada vez más grande, pero cuando menos lo esperé, la luz del túnel se desvaneció de mi vista al igual que la esfera y de pronto choqué de bruces contra un suelo húmedo, recibiendo un recio golpe en el pecho. Me quedé aturdido contra el suelo un par de minutos, completamente empapado debido a la batalla que acababa de acontecer en el interior del lago y me pregunté dónde habría caído. Lo primero que pensé fue que estaba de nuevo en el muelle, pero cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que no estaba en un sitio ni lo más remotamente parecido.

Me levanté mirando en todas direcciones, completamente abismado sin captar lo que mis ojos me mostraban. Estaba en una especie de bosque y era de noche. La tierra y los árboles eran oscuros y apenas podía verlos, pero la vegetación era distinta. Las plantas cambiaban de color, de azul a fucsia e iluminaban todo a mi alrededor; las hojas en el tope de los árboles se veían en diferentes tonalidades de verde y amarillo. La cabeza me daba vueltas y noté que junto a mis pies yacía el guardapelo de acuario sobre el suelo. Entonces lo comprendí, pues llevaba varios minutos en ese sitio sin saber cómo era que había llegado allí. El viaje a través del vórtice me había llevado al interior del laberinto del zodiaco. ¡Lo había logrado finalmente! ¡Había entrado! El guardapelo había abierto la compuerta y yo la había traspasado. ¿Pero y Jean Piero? Si no se encontraba conmigo, seguramente seguía solo en la cámara. Tomé el guardapelo del suelo, con el frío invadiéndome hasta las entrañas y revisé la herida que tenía en el brazo derecho. Tenía mal aspecto, pero no había nada que pudiera hacer por ahora, así que empecé a caminar. Todo estaba excesivamente silencioso y una brisa fría se colaba por entre los árboles, que eran altos y misteriosos.

Si alguna vez había pensado en cómo sería el laberinto, aquello era lo que menos me esperaba; mi mente dibujaba largas paredes

negras con los signos del zodiaco grabados y cientos de pasadizos sin salida que se envolvían sobre un campo interminable. Pero esto era otra cosa, parecía un bosque lleno de luces, aunque me pregunté qué habría más adelante, si sería sólo un bosque o si me toparía con algo más. También cuestionaba qué clase de criaturas vivirían allí en ese sitio tan extraño y nocturno. ¿Habrían animales normales, o serían brillantes como las plantas? Y lo más importante, si serían peligrosos. En tanta oscuridad no pude evitar también pensar en las sombras y si estas podrían estar en el laberinto. De ser así, estaría a su merced allí solo, en un sitio que no conocía en lo más mínimo. Mi única ventaja era el guardapelo, que nunca me había fallado, así que para asegurarlo, me lo colgué del cuello. Caminé un par de minutos y me encontré con un punto de luz que brillaba intensamente entre la vegetación. Me pregunté de qué se trataría, así que corrí para observar mejor. Pero cuando llegué a hasta allí, la luz se movió, saliendo de las plantas, lo cual me hizo detenerme en seco. Pero no sucedió nada malo, se trataba de una esfera brillante que emitía una especie de energía; flotaba como una partícula de polvo y se movía paulatinamente. Acerqué mi mano, esperando conseguir un poco de calor, pero eso tampoco sucedió. No me animé a tocarla, pero de forma extraña me dibujó una sonrisa en el rostro mientras se alejaba, tomando poco a poco dirección hacia el tope de los árboles. Retomé mi camino hacia lo desconocido, preguntándome qué debía hacer ahora que me encontraba en el laberinto del zodiaco. Pasados unos minutos me empecé a angustiar.

—¡Si tan sólo Sky me hubiese dicho el propósito de este sitio! — exclamé con frustración.

Ahora todo era complicado, estaba atrapado, solo y lo peor, sin saber cómo salir. Debía haber pensado mejor las cosas antes de abrir la compuerta. Me detuve, cavilando en la forma de buscar una salida. Debía de haber una, ya que me encontraba en un

laberinto, sólo tenía que encontrar el camino adecuado... Me caí al suelo de un sopetón, extrañamente había tropezado con algo que no había visto. Me levanté, pero no encontré nada delante de mí. Extendí mis manos y entonces mis ojos detallaron una muralla de una energía de color azul apenas visible que me bloqueaba el camino. Podía ver lo que tenía delante a través de la vibrante pared de energía, pero no podía traspasar la barrera. “Es un laberinto”, pensé, debía tomar otro camino, era obvio, así que crucé a la izquierda y continué, alejándome de la muralla de energía. Adelante, conseguí otra esfera de luz, parecida a la anterior, pero esta estaba incrustada en uno de los árboles. Estas esferas llamaban mi atención, quizá eran una buena señal, así que me di ánimos a mí mismo y seguí adelante.

Caminé un par de minutos, hasta que encontré el final de los árboles en una colina que llevaba a una pendiente rocosa. Me acerqué corriendo con prisa, sabía que si lograba salir del bosque llegaría a ver lo que tendría que atravesar para llegar a la salida. Dejé los árboles atrás y detallé el cielo cubierto de estrellas. Pero entonces subí a la pendiente y me quedé boquiabierto, contemplando el paisaje que se me presentaba enfrente. Estaba atónito, maravillado, con los ojos abiertos como platos, nunca había imaginado que algo como aquello pudiera ser real.

Lo primero que observé fue un gigantesco globo terráqueo que se movía lentamente en su movimiento rotatorio, brillante y deslumbrante. El planeta Tierra como nunca lo había imaginado, como si fuera de cristal. No obstante, sólo se veía la mitad de la esfera, la cual parecía un domo que se alzaba sobre un amplio terreno oscuro lleno de vegetación, montañas, formaciones de hielo y un mar. A lo largo de todo el paisaje brillaban millones de puntos de luz como la esfera que había visto antes, y entonces lo entendí. No se trataba de ninguna señal, sencillamente eran las estrellas, que en aquel sitio tan inverosímil se encontraban

repartidas sobre toda su superficie. Justo debajo de la pendiente empezaba el mar, y llegaba hasta el domo planetario de forma directa. No podía dejar de mirar a la esfera, ¡era la Tierra!, allí enfrente de mí, como si se tratase de un edificio en forma de domo al que se pudiera llegar caminando. Era como si me encontrase parado en el espacio, algo imposible, sin lógica. Quise tomar una foto con mi teléfono, así que lo busqué en el bolsillo de mi pantalón. Cuando lo saqué, me di cuenta de que estaba apagado.

–¡Demonios! –exclamé, dándome cuenta de que nunca volvería a encenderse.

Había caído en el lago con el teléfono en mi bolsillo, a un frío a menos cero grados, era obvio que no resistiría. Cavé un hoyo pequeño y lo dejé allí. Quizá, si alguien lograba entrar algún día de nuevo, lo encontraría. “Algo de acuario”, pensé levantándome y mirando por la pendiente.

Observé de nuevo la Tierra. Debía descender e intentar llegar al domo. Ese era el final del laberinto, no tenía dudas. Si llegaba hasta ahí, lograría volver a mi mundo. ¿Pero cómo realizaría aquella hazaña? El recorrido me llevaría días como mínimo, y debía encontrar algo de comer si quería sobrevivir al trayecto. Tenía que preparar un plan. Miré el mar que tenía delante y encontré la costa, a la cual se llegaba bajando por la pendiente rocosa; a mi izquierda se veía una playa. Sin embargo, a medio camino en dirección al domo, la playa se veía interrumpida por una pequeña montaña rocosa sobre la cual se encontraba una edificación antigua. Era una especie de castillo en ruinas y no pude evitar sentir un deseo inquebrantable de llegar a su interior. Cavilé unos minutos, mirando el paisaje y observé que podría bajar por la pendiente, escalando la roca hasta llegar a la orilla de la costa. Luego, sólo debería caminar, bordeando el mar para pasar por el castillo y luego alcanzar mi planeta.

Tenía un plan, pero no tenía tiempo que perder, así que sin pensarlo demasiado empecé a descender por la pendiente, sujetándome de las rocas con extrema precaución. Al menos ya había escalado antes, en las afueras de Riverside con Alberto. Pero en aquella ocasión habíamos tenido la vestimenta y el equipo adecuado. Sin contar que descender solo no era tan gratificante como tener un compañero. Recordé aquella ocasión; había ocurrido un año antes, cuando aún vivía sin preocupaciones, y mi vida no radicaba en torno a este laberinto del zodiaco. Tenía una buena vida, con mi familia y mis amigos sin tener que pensar que moriría en cualquier momento. Sin tener que cargar el guardapelo siempre conmigo, sin la marca en el brazo izquierdo...

–¡Deja de soñar despierto y apresúrate! –me había dicho Alberto aquella vez, cuando estuvimos casi al tope de una empinada

montaña–. Ya estamos cerca.

–No estoy cansado –mentí llegándome hasta donde él estaba, mirando el camino que nos quedaba por delante, era poco en comparación a todo lo que habíamos subido hasta ese momento.

–Se ve genial, ¿a qué sí? –me dijo colocando sus manos en mis hombros y haciéndome voltear.

Miré el amplio paisaje verde que teníamos debajo de nosotros. Árboles, árboles y más árboles. Pensé que ahí abajo, en algún sitio, debía de estar el auto de Alberto. Era un Corolla de color vino tinto que le habían regalado por su cumpleaños número dieciocho. Alberto era un par de meses mayor que yo, en realidad era el mayor de todos mis amigos.

–La próxima vez iremos a esquiar –le dije–. Sabes que siempre he querido hacerlo.

–Claro –respondió animado, tocándose la espalda–. Sabes que haré

cualquier cosa y si competimos te dejaré mal parado.

–Por supuesto –le dije con aire molesto–. Sigue soñando Al. ¿Por cierto, estás bien?

Alberto movía la espalda con incomodidad y me pregunté si le habría pasado algo en el camino.

–Me duele un poco, pero no es nada, es el bolso que está pesado. Vamos a seguir, hombre, nos queda poco camino.

Seguimos subiendo. Cuando el camino se volvía muy empinado Alberto subía primero y se encargaba de que yo hiciera exactamente los mismos movimientos. En un tramo estrecho, yo resbalé en una roca pequeña, derrumbándome hacia abajo, pero él se volteó como si un reflejo le hubiese impulsado a hacerlo y me tomó del brazo, sujetándome con fuerza.

–¿Estás bien? –me preguntó aguantando la respiración. Yo asentí, sin saber qué hacer, si Alberto me soltaba, caería–. Usa tu pierna derecha y afiánzate en la roca más cercana, te daré un empujón.

–Podemos venarnos los dos –le dije con miedo.

–No será así. Confía en mí.

Asentí nuevamente y tal como me había dicho, afiancé mi pierna derecha en la piedra que tenía más cerca. Alberto me miró decidido y entonces me jaló por el brazo. Subí, sujetándome con fuerza a mi amigo y haciendo uso de mi pierna. Ambos nos alejamos del precipicio, y jadeando nos tiramos al suelo, quitándonos los bolsos. Tomé mi termo de agua y empecé a beber, exhausto.

–Me acabas de salvar de una muerte segura –dije con voz quebrada.

–No digas tonterías, no hubieses muerto –me dijo con tono sarcástico para aligerar la tensión–. Quizá estuvieses en estado vegetal, pero nada más serio.

–Eres todo un personaje amigo –le dije propinándole un puñetazo amistoso en el brazo y negando con la cabeza, él se echó a reír–. Gracias.

–No me agradezcas. Sólo prométeme algo –me dijo cambiando de semblante.

–¿Qué cosa? –inquirí.

–Que los años venideros seguiremos inventando cosas como estas aunque estemos en la universidad. Que esto no se acaba porque nos graduamos.

–No ha acabado en todos estos años, no acabará porque tengamos que estudiar diferentes carreras. Así que, lo prometo.

Alberto me miró con aprecio, pero un segundo después ya había vuelto a cambiar de semblante.

–¡Ahora apresúrate Scalisi! No pensarás que no terminaremos de subir por esta tontería que acaba de pasar.

Nos levantamos y puse los ojos en blanco antes de responder: – Por supuesto, era lo que menos esperaba.

Pero Alberto no estaba conmigo en esta ocasión y si resbalaba no tendría a nadie que me ayudara a mantenerme a salvo. Parpadeé regresando al mundo paralelo en el que me encontraba y miré hacia abajo. Iba por medio trayecto a llegar a la costa del mar. Luego sólo tendría que seguir hasta la playa. Al menos no había resbalado, pero supuse que también se debía a que mi agilidad me permitía descender más rápido y con una mayor precaución. Si

hubiese intentado hacer esto un año antes, ya me hubiese estrellado contra el agitado rompeolas que estaba junto al mar. El recuerdo de Alberto me atacaba con pesar, quizá porque sabía que no había cumplido mi promesa, y entendí que a eso se había referido él en nuestro último encuentro, en Canyon Point. Por otra parte, algo me tenía tranquilo. Alberto no tenía nada que ver con el laberinto del zodiaco y podía tener un excelente futuro, una buena vida, calmada y llena de comodidades que yo nunca podría alcanzar. Porque aunque lograra regresar a mi mundo, ¿qué me garantizaba que podía seguir huyendo de las sombras por siempre? Sabía que llegaría el momento en que huir sería imposible, que la batalla contra Rheighell y su esposa sería inminente, y aunque mis habilidades y la de mis amigos habían mejorado mucho, no sabíamos si podríamos ganarles a semejantes adversarios. Sólo me quedaba confiar en mí, en lo que sabía que era capaz de hacer y en tratar de no alejarme del guardapelo, de lo contrario sería hombre muerto. Así que pensé por última vez en mi mejor amigo, pues para mí lo seguiría siendo aunque me odiara, y le deseé la mejor vida posible.

Estaba apretando con fuerza el guardapelo, y este se abrió de golpe. Recordé que justamente antes de caer en el vórtice, algo había aparecido en la vieja fotografía del interior del relicario. La observé, esperando encontrar alguna pista, pero nuevamente la raída foto se había desvanecido. Estaba terminando de bajar cuando un sonido estridente me retumbó en el oído y casi me hizo resbalar por una de las rocas. Me di cuenta de que el sonido era el de un animal y me quedé mirando los cielos con precaución, al mismo tiempo que me agachaba para esconderme entre las piedras que me rodeaban. Efectivamente, volando sobre el mar venía un enorme pájaro de plumas doradas y garras afiladas. Una extraña energía rodeaba su cuerpo y podía ver claramente que varias esferas de luz volaban mágicamente dando vueltas a su alrededor. El pájaro pasó por encima de mí y yo tragué saliva, muy quieto.

Conté los puntos de luz que llevaba encima, eran ocho. El ave pasó varias veces por el rompeolas que estaba muy cerca de mí y luego se fue volando en una trayectoria en la que no pude verlo más, quizá en dirección al bosque.

Me levanté, saliendo de mi escondite y miré hacia atrás. La pendiente estaba despejada, así que continué bajando, cavilando acerca de la primera forma de vida que acababa de ver. Sin dudas lo que había visto no era un pájaro normal, parecía un águila, pero era casi cinco veces su tamaño, además de que no era nada habitual la energía que lo envolvía, el color de las plumas ni las luces que zumbaban a su alrededor. Me quedé pensando en ello, había estado cavilando que aquellas esferas de luz eran estrellas, ¿serían también las mismas estrellas aquello que rodeaba al ave? Eran ocho, o al menos eso pude contar, ¿pero por qué lo acompañaban? En mi cabeza se creó una idea estupenda. ¿Acaso los signos del zodiaco no eran constelaciones? Formaciones de varias estrellas juntas. Cuando había hecho mi investigación acerca del zodiaco había descubierto que habían ochenta y ocho constelaciones reconocidas y una de las primeras que había leído en la lista era la de un águila. Según la mitología griega, el águila había sido enviado por Zeus para que llevara al joven mortal Ganimedes al Monte Olimpo para servir de copero de los dioses. Según otras versiones, había sido el mismo Zeus el que se había transformado en el animal volador. Me quedé maravillado, pues si el águila estaba allí, entonces las otras ochenta y siete constelaciones también deberían de estar... Escuché otro chillido estridente, el del águila que había regresado. Me di la vuelta y me di cuenta de que esta vez no lograría esconderme. Tenía al animal volando en picada por la pendiente, mirándome fijamente con ojos brillantes y astutos. Me volví a meter entre las rocas, pero esta vez eso no funcionó, el gigantesco animal me tomó por la cintura entre sus garras y se alzó, tomando vuelo hacia el cielo nocturno. Sus afiladas garras me estaban rasgando la camiseta y pensé en cuáles serían las

posibilidades de sobrevivir a una caída como aquella. Estábamos volando sobre el mar, pero a más de cien metros de altura. Me imaginé que si no lograba escapar, el águila me llevaría a su nido, donde me devoraría sin piedad, así que preferí arriesgarme y caer al agua, después de todo, con mis habilidades lograría hacer una formación acuosa que me recibiera de una mejor forma a un impacto mortal.

Miré el guardapelo de acuario y me pregunté si me ayudaría a salir de aquella situación. Lo tomé entre mis manos, quitándomelo por encima de la cabeza y apuñalé una de las patas del águila con él, pero el águila no era una sombra y el efecto no fue el que había esperado. El ave apenas chilló y con un movimiento veloz de su pico me hizo retraer mis manos, haciendo que se me resbalara el valioso objeto. La cadena colgaba de mi dedo meñique, y pude sentir cómo se deslizaba a gran velocidad, hasta escaparse por completo.

—¡No! —grité al ver cómo el relicario se perdía en el ancho mar que sobrevolábamos.

Aquello me hizo enojar, y no iba a permitir que el pajarraco se saliera con la suya. Empecé a sacudirme con intensidad entre sus garras, hasta que alcancé su costado y le arranqué una de sus plumas doradas. Esta vez el animal chilló de dolor y su pico se vino de nuevo en mi dirección, pero ya estaba preparado y jalé otra de sus plumas al instante. El águila abrió lo suficiente sus garras para que yo pudiera zafarme, pero no me solté, me alcé sobre ella y con un salto ágil terminé sobre sus alas. Ahora el animal volteaba la cabeza para llegar hasta mí, pero en el revoloteo había perdido altitud y ahora volábamos cerca del mar. Demasiado cerca a decir verdad, algo que no le convenía.

Pude sentir la energía del agua debajo de mí fluir por mis venas, moviéndose velozmente como si fuera oxígeno puro, y el signo en

mi brazo no dolía, sólo zumbaba, como si estuviera cargado de poder. El animal seguía intentando atacarme, pero yo le mostré una sonrisa maliciosa antes de utilizar mis habilidades. Con la energía del agua fluyendo por mi cuerpo, mi cerebro podía manipular el elemento a su antojo, y de una extraña forma, encontraba mi sentido mucho más sensible a lo que estaba acostumbrado. Todo era posible. Una columna de agua magistral se elevó del mar con una fuerza imponente, justo debajo de nosotros; el ave la esquivó a gran velocidad, aunque cada vez perdía más el control del vuelo. Mi columna de agua se deshizo pero yo no me daría por vencido. Tumbaría a esta criatura, así fuese lo último que hiciera.

Elevé una nueva columna de agua con mi poder, esta vez a unos metros de nosotros, para que el pajarraco no pudiera evadirla. Pero era hábil y se movía velozmente. Así que tuve que llevar mi ataque a un nuevo nivel: empecé a elevar varios pilares con grandes cantidades de agua, el animal comenzó a confundirse, ya no iba tan rápido y mis pilares cada vez lo rodeaban más, hasta que finalmente chocó contra uno de ellos. Pude sentir el encuentro con el agua como una liberación, como si estuviese colisionando con extraordinaria energía pura. Me introduje en el interior del pilar del agua, separándome de la bestia, y me dejé llevar a las profundidades del mar. Pude sentir también cómo el águila caía al agua y vi su cuerpo por encima de mí. Pero después de unos segundos, salió y alzó vuelo nuevamente. Empecé a nadar, pero no hacia la superficie, si no hacia la orilla de la playa, me había percatado de que no estaba lejos, y de esta forma conseguiría tiempo para que el animal que me cazaba se marchara.

Aunque el mar era de un color azul marino, debajo del agua me encontré con otra perspectiva. Tenía un color verde azulado y podía ver todo con gran claridad. Detallé los peces que nadaban en diferentes direcciones, y las esferas de luz que también se

encontraban allí abajo, flotando con suavidad. Pero nada me impresionó tanto como los arrecifes que se encontraban en el fondo, interminables, de colores brillantes y con formaciones indescriptibles, como si tuviesen un grabado con alguna especie de significado. Cuando necesité aire, observé la superficie esperando ver la sombra del animal volar por los alrededores, pero como no fue así, subí a gran velocidad, saliendo del agua con un salto ágil y tomando una gran boconada de aire. Como no me quise arriesgar, me volví a sumergir y seguí nadando lo más rápido que pude hasta la orilla, la cual alcancé en un par de minutos.

Saqué mi cabeza del agua con precaución, volviendo a mirar al cielo nocturno, pero como no alcancé a ver nada, decidí que podría salir de la costa sin problemas, aunque apenas lo hice deseé regresar al agua de inmediato. La noche estaba helada, incluso más helada de lo que estaba cuando había salido del vórtice, pero miré de forma diagonal y conseguí algo extraordinario ante mis ojos. El ave me había ahorrado una gran cantidad de tiempo caminando hasta la edificación en ruinas, ya que esta se alzaba ante mí de forma imponente. Era un castillo pequeño de piedra construido sobre la roca que dividía la playa en dos. Tenía sólo dos torres elevadas al cielo y una de ellas estaba destruida. Se notaba que aquellas ruinas llevaban muchos años en ese estado. La entrada principal se veía ostentosa, de oro; y podía ser alcanzada por unas altas escaleras talladas en la roca que daban con el mar. Lateral al castillo se veía como el agua entraba a la edificación, y me pregunté si aquello habría ocurrido por un cambio en el nivel del mar o porque así había sido construido. Me volví a sumergir en el agua y nadé hasta las escaleras que yacían sobre la roca, las cuales no era más que bloques de concreto desgastados, salí del agua y empecé a subir. Instintivamente, me miré el brazo derecho y observé cómo la herida que me había hecho antes de llegar a este mundo había desaparecido por completo. Allí no quedaba ni una pequeña marca, nada en absoluto. Recordé la primera herida que se me

había curado de la misma forma, la que había desaparecido para la mañana de la graduación. Yo no tenía poderes curativos, de eso estaba seguro, de hecho ya tenía una teoría bastante buena. El agua me había sanado las heridas. Tenía que ser eso, porque cuando el pájaro me había levantado de la pendiente, el brazo seguía doliéndome. “Increíble”, pensé con una sonrisa, pues ahora me daba cuenta de todo, el día anterior a la graduación había pasado horas en la tina, y no debí darme cuenta de que el agua me había sanado. Aquella habilidad sería muy útil, y sin dudas no la menospreciaría.

Llegué al tope de las escaleras, y me encontré con una gran puerta de más de tres metros de alto, destruida ante mí con un borde de oro opaco. Sin dudar ni por un segundo, entré en las ruinas del antiguo castillo. Su interior me pareció majestuoso, y un poco sombrío. Me encontraba en un salón amplio donde el suelo era de un material parecido al mármol y el techo tan elevado como el de una iglesia, a la izquierda se encontraban unas amplias ventanas circulares, a la derecha una antiquísima escalera de caracol que debía de llevar a los pisos superiores, y en la pared del fondo, se hallaba la placa ovalada del signo de acuario, la misma que había visto en la cámara subterránea, pero tres veces más grande. Me acerqué hasta ella y mis pasos resonaron en la estancia. Cuando la tuve de frente, me quedé contemplándola un par de segundos.

–Así que esta es la casa de acuario –dije absorto, los ojos me brillaban.

–Para ser tan hábil e ingenioso no eres muy inteligente –dijo una voz de mujer suave, pero yo, quien pensaba estar solo en aquel sitio, di un brinco ante el suspenso.

Miré en la dirección de donde había provenido la voz, y me encontré con una puerta enorme de cristal que conducía a una especie de terraza. Dudé en si debía salir, pero imaginé que si

afuera hubiese alguien que quisiese matarme, ya lo hubiese hecho sin siquiera dirigirme la palabra. Caminé decidido hacia la puerta, atravesándola y saliendo a lo que alguna vez debió de haber sido un jardín lleno de flores y césped verde. Lateral, a mi derecha, se encontraba la parte del castillo por donde entraba el agua del mar, y me di cuenta de que esta llegaba hasta allí debido a la arquitectura del castillo y no por alguna falla. El agua entraba formando una especie de laguna y luego descendía por medio de una pequeña cascada hacia una piscina cuadrada, donde debía haber algún conducto para que se mantuviese en constante movimiento, subiendo y bajando.

Busqué con la mirada, esperando ver a alguien y entonces, junto a la cascada artificial de agua, apareció una mujer realmente hermosa que irradiaba una misteriosa energía refulgente. Su piel era pálida, pero brillaba con intensidad y su cabello era de color negro con rizos perfectos. Llevaba un vestido de color blanco hasta los pies y sus ojos brillaban con diferentes tonalidades de colores. En sus muñecas, estaban atadas dos largas cadenas que se expandían junto al agua que llegaba del mar por la cascada. Pero había algo más que me revelaba lo que ella era en realidad, pues no era humana, al menos ya no. Alrededor de su cuerpo flotaban, al menos de forma visible, seis esferas de luz, o mejor dicho, estrellas. Aquella era una constelación que podía identificar sin ningún problema, porque su identidad estaba relacionada con las cadenas que pendían de sus muñecas.

—Andrómeda —dije con voz calmada— ¿Tú también intentarás matarme?

—Yo no soy un vulgar animal —me espetó con voz enojada—, no tengo que alimentarme para sobrevivir, aunque el águila, siendo inmortal como es, tampoco lo necesita.

—¿Entonces por qué me atacó?

–Acabo de decirlo. Presta más atención a las palabras acuario, escucha, analiza y luego pregunta o responde.

Sus palabras me ofendieron, y pude sentir como me enervaba la sangre, pero decidí calmarme, después de todo, no a todo el mundo se le presentaba la oportunidad de hablar con una constelación, en realidad, sentía que era la primera persona que podía hacerlo. Cavilé en lo que me había dicho, y comprendí que el águila, a pesar de ser una constelación inmortal, seguía teniendo una mentalidad salvaje.

–¿Entonces qué haces aquí? –pregunté con avidez—. ¿Podrías ayudarme a salir del laberinto?

Ella ladeó la cabeza hacia mí y me miró como si fuera estúpido, movió una de sus manos y el tintineo de las cadenas resonó a través de la cascada.

–¿Laberinto? ¿Entonces crees que estás dentro del laberinto? ¿Tan poca información posees tonto mortal?, creí que tenías uno de los dos profetas de tu lado.

–¿Qué quieres decir? –logré articular, ensimismado y ordenando sus palabras en mi cabeza, para no cometer el mismo error de hacía un minuto. ¿Uno de los dos profetas estaba de mi lado? Debía estarse refiriendo a Sky, pero entonces había otro chico o chica como él, otro profeta. Ahora, en el asunto del laberinto, no pude hallar un razonamiento adecuado—. ¿Si este no es el laberinto, entonces en dónde estamos?

–Estamos en el espacio zodiacal –respondió ella con aspereza.

–Pero, Sky... es decir, el profeta, dijo que la entrada llevaba al laberinto, nunca mencionó un espacio zodiacal.

–El laberinto está dentro del espacio zodiacal, pero no me

corresponde a mí hablarte de ello. Aunque sí puedo decirte cómo salir.

–¿Debo llegar a mi mundo, no? –inquirí señalando el domo que giraba con lentitud. Y pensé que si la Tierra rotaba, entonces la otra parte del planeta que no se alcanzaba a ver en esos momentos se encontraba debajo del campo en el que nos encontrábamos.

–No eres tan tonto como creí –respondió ella con recelo.

Aquello me animó, pero mi mente seguía rondando en el asunto del laberinto y recordé la muralla de energía que no me había dejado seguir en una dirección específica. Había creído que aquella era una muralla del laberinto, ¿pero entonces qué era?

–¿Qué son esas murallas de energía que hay en el bosque? –pregunté, esperando que pudiera responderme–. Creí que eran las murallas del laberinto del zodiaco.

–Son los límites de tu región, verás, el espacio zodiacal está dividido en doce regiones. Mientras estés aquí, sólo podrás estar en la región de acuario, y sólo podrás moverte a otras regiones si los escogidos de esos signos también están dentro del espacio zodiacal.

–¿Y tú sí puedes moverte a tus anchas? –inquirí frunciendo el ceño.

–¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma? Soy una princesa –me espetó furiosa, moviendo las manos y haciendo sonar las cadenas–. Por supuesto que puedo moverme por todo el espacio zodiacal, al igual que las demás constelaciones.

–¿Entonces es verdad tu historia? –le pregunté ignorando su furia–. ¿Fuiste una princesa a la que encadenaron para que Perseo se hiciese con la cabeza de medusa?

–Mi trágica historia así fue –respondió con un tono de voz más gentil, quizá halagada porque me había interesado en su pasado–. Pero debido a ella ahora inmortal me he vuelto.

–¿Quién te volvió inmortal? –aproveché para preguntar.

–Estás haciendo las preguntas equivocadas acuario –repuso ella–. Quizá acertaste en dónde estaba la salida, pero me temo que si

llegas hasta allá tal como estás ahora, entonces no podrás salir. – ¿Pero qué necesito? –le pregunté mirándome, allí empapado. –¿De verdad no lo sabes?

Miré hacia el mar que tenía enfrente y luego lo recordé. El valioso objeto que había perdido luchando contra el águila, el cual sabía me ayudaría a salir de ese sitio, pues había sido la llave maestra para entrar.

–¡El guardapelo! –exclamé y ella sonrió–. ¡Pero lo he perdido! Se me cayó al mar.

–Sí, claro que se te cayó, ¿pero eso qué importa? –me espetó encogiéndose de hombros, nuevamente las cadenas tintinearón.

Miré al mar, preguntándome dónde podría estar la reliquia, y con una incipiente ansiedad deseé que regresara a mí. Miré al cielo, intentando recordar en qué punto lo había dejado caer. Quizá, si nadaba en aquella dirección pudiera encontrarlo, pero aquello no sería tarea fácil. Me quedé contemplando el cielo libre de estrellas y me pregunté si se vería la luna en el espacio zodiacal. Estuve a punto de preguntarle aquello a Andrómeda, cuando un tintineo nuevo llamó mi atención. Las cadenas de la constelación estaban inmóviles, de modo que ella no lo estaba ocasionando. Miré cómo descendía por la cascada de agua un objeto de oro brillante y mi corazón dio un vuelco. Emocionado, me metí en la piscina rectangular y tomé el guardapelo de acuario.

–¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? –pregunté maravillado.

–El guardapelo siempre regresará a ti, siempre que se lo pidas. Claro, ha de estar en un medio, un elemento que haga posible este suceso, y el agua es el principal elemento de tu signo.

Me colgué el guardapelo sobre el pecho y miré sonriente a Andrómeda. Estuve a punto de agradecerle y despedirme, cuando recordé lo que había dicho de Sky. Tenía tantas preguntas acerca de mi hermano adoptivo. En los pasados meses no había parado de crecer y ahora había tenido que aceptar la propuesta de Adriana de buscar ayuda médica. En realidad no tenía otra opción, pues mi madre también estaba sumamente preocupada y ya lo había llevado a hacerse varios exámenes.

–¿Qué puedes decirme de estos profetas que están en nuestro mundo? ¿Ellos envejecen más rápido que los mortales, no es así?

–Los profetas sólo están en la Tierra por un tiempo limitado. Sí, es posible que su sistema de vida funcione distinto al de ustedes.

Sus palabras me hirieron como un cuchillo afilado, y sin quitarme a Sky de la cabeza, pregunté esperanzado:

–¿Hay alguna forma de evitar esto? –Andrómeda negó lentamente con la cabeza, pero no dijo nada, como si supiera de mi relación con Sky. Sentí un escalofrío y una espantosa desolación me invadió ante su respuesta negativa, pero guardé mi dolor y luego me apresuré a decir–: Gracias por tu ayuda, ahora debo darme prisa, me tomará un día o dos llegar hasta el domo.

–¿En serio necesitas caminar hasta allá? ¿No tienes una mejor estrategia?

Miré el mar y recordé la facilidad con la que había manipulado el agua. Incluso allí, dentro de la piscina podía sentir la energía que

impulsaba el agua y la hacía volver a la cascada. Entonces lo entendí, mis habilidades eran mucho más fuertes en este mundo que en el mío. Di un salto, pasando por encima de la caída de agua y me quedé contemplando la vista. Si viajaba sobre el mar en línea recta llegaría en pocos minutos a mi destino.

–Lo tengo, gracias de nuevo –le dije a Andrómeda, sonriendo una vez más.

Ella me tendió una sonrisa grácil, y así como había aparecido unos minutos atrás, se desvaneció, dejándome solo. Me quedé frente al lago que se formaba allí arriba, con el agua que llegaba del mar y vi que sería fácil salir al camino que yo quería. Me miré el brazo izquierdo, noté que el hematoma había desaparecido por completo, y observé con detenimiento el signo de acuario. Di dos pasos hacia el lago, pero mis pies no se hundieron. El agua sostenía mi peso y yo sonreí. Corrí, maravillado ante semejante hazaña y me imaginé a Jean Piero dando un brinco detrás de mí, impresionado por la destreza con que lo hacía. Salté al mar y corrí más y más rápido, moviendo el agua a mi alrededor, hasta que en cierto punto dejé de hacerlo, y el agua me fue llevando, cada vez a mayor velocidad. Era como si estuviese siendo arrastrado por un bote, sólo que eran mis poderes sobre el agua lo que causaba aquella reacción. Vi lo rápido que me movía y observé con detenimiento el domo al que debía llegar, estaba tan cerca.

Pero en ese mismo momento sentí cómo algo se aproximaba por debajo de mí, podía saber que era algo enorme porque estaba en el agua y apreciaba sus proporciones. Intenté ir más rápido, pero esa cosa, fuese lo que fuere, salió a la superficie, provocando una fuerte ola que me hizo perder el control, cayendo al interior del mar. Cuando el agua dejó de agitarse, observé con pavor lo que había salido del agua. Era una serpiente marina que brillaba con intensidad, con muchas esferas de luz rodeándole la cabeza. Otra constelación que yo conocía. Era la Hidra, una de las

constelaciones más grandes que existían, y una de las criaturas más temibles en la mitología. Sus ojos eran de color amarillo y eran más grandes que yo. La criatura abrió la boca, emitiendo un sonido espantoso y un horrible hedor me hizo tener que sumergirme en el agua. Volví a nadar a gran velocidad, tratando de escapar, pero sentí cómo la Hidra entraba de nuevo en el agua, lista para perseguirme. Me moví con agilidad, pero ella era enorme y alcanzarme se le hacía sumamente fácil. Mordisqueó en el agua, y estuvo cerca de devorarme, pero yo nadé de nuevo a la superficie, saliendo de un salto y volviendo a ponerme en marcha, sobre el agua como lo había estado haciendo. Pero la criatura no parecía darse por vencida y salió de nuevo para atraparme. Entonces decidí que debía detenerla de alguna forma.

Empecé a expandir mis poderes sobre el agua y me enfoqué en la cantidad que rodeaba el largo cuerpo de gusano del monstruo. Pude sentir cómo este me alcanzaba y si no me daba prisa, me devoraría de un mordisco, y entonces todo habría terminado. Pero estaba realmente cerca de la Tierra y podía ver la enorme forma del territorio de Canadá justo enfrente de mí, rotando lentamente. Sin saber si funcionaría, decidí actuar. Hice una contracción con el agua en la que me había estado enfocando y esta succionó a la enorme criatura, llevándosela a las profundidades del mar. Pero el impacto me había alcanzado y yo salí disparado por los aires.

Observé como chocaría contra mi propio mundo y cuando estuve lo bastante cerca tuve una visión distinta de lo que había visto en la lejanía. Allí, alrededor del planeta habían cientos y cientos de sombras rodeando su campo gravitacional. Escuché la carcajada, aquella que tanto me atormentaba y pude sentir sus burlas en mi oído. Pero tomé el guardapelo en mi mano y justo cuando estuve a punto de chocar, lo abrí. El guardapelo brilló con intensidad y vi cómo la fotografía cambiaba, nuevamente mostrando algo en el raído papel, pero no pude darme cuenta de qué era. Una luz

brillante se creó en la superficie del domo, una luz que me tragó por completo, haciéndome caer de vuelta al vórtice de color verde azulado. Empecé a viajar a gran velocidad a través del túnel, pero la trayectoria se veía borrosa y todo me daba vueltas. ¿Estaría en realidad yendo a mi mundo? ¿O terminaría en otro sitio sin salida más peligroso que el mismo espacio zodiacal?